

El Cantar de los Cantares

Evaristo Ribera Chevremont

IV

Mi pensamiento, al interpretar este antiguo poema –suma de finas formas conteniendo sublimes esencias– ha sido hacer una apología del rey poeta olvidado en su remoto imperio. Me han bastado para el caso los sutiles elementos de que se forma el divino cántico. He buscado en las minas de oro, de los amplios versículos, y, con palabras y notas que ya se desconocen, me doy al elogio en la hora en que el sol se pone tras las acacias opalinas. Dondequiera que he visto siluetaarse la figura del exaltador de la Sulamita –la mente oscura en su anhelo de luz hacia el amor del espíritu– he buscado un detalle, una orientación para enfrentarme con la verdad del poema. Está lejos de nosotros el orientalismo. Somos pueblos dinámicos y amamos la fuerza exterior y el deslumbramiento de las cosas. Nuestro mundo occidental posee una civilización acorde con nuestros deseos y nuestra vida. Pero esto no quiere decir que dejemos de penetrar la hermosura ondulante sobre las líneas serenas de la gracia. De gracia está hecho ese poema, de un fresco ramillete auroral de luces rosa. Sus imágenes son para los poetas de hoy, para los que tratan de explorar el porvenir. Es el momento de deshojar la extraña y misteriosa flor nacida entre arcos de oro.

Cada palabra es, a mi juicio, una verdad. Cada palabra es una imagen, puede añadirse. Las verdaderas realidades, afirmó alguien, son las imágenes. Es con enorme afán de saber que leo el Cantar de los Cantares, para descubrir lo que me propuse descubrir: el desposorio de la mente y el espíritu. La mente está en la luz y el espíritu se siente arrebatado por el raudal cósmico. “Ven, amado mío, salgamos al campo, moremos en las granjas.” “Levantémonos, de mañana a las viñas, veamos si floreció la viña, si producen fruto las flores, si están

ya en flor los granados: allí te daré mis pechos.” “Las mandrágoras han dado olor.” “En nuestras puertas todas las frutas: las nuevas y las añejas, amado mío, he guardado para ti.” Ellos, erectos, claros, matinales, en la plenitud de los campos verdes triunfan sobre los harapos de la noche y ebrios de la suave gloria de hallarse uno en otro, celebran su hora sagrada, para lo cual ella ofrece las frutas, todas las frutas, las nuevas y las añejas, que ha guardado para él. La casa de la madre –la Naturaleza Divina– aguarda con el vino adobado y el mosto de las granadas. Pasaron ellos por caminos ásperos y barrancosos, como Teresa de Jesús, la del corazón iluminado; pasaron ellos por caminos ásperos y barrancosos y se perdieron y se encontraron siete veces hasta unirse con un lazo que nadie rompe porque están en Dios o el Amor Divino. Todo lo insinúa y lo esboza magistralmente el poeta sabio en imágenes de un candor que es de azucena y fruto de manzana. “Hasta que sople el día y declinen las sombras,” hasta ese momento en que toda la tierra será fruto y flor, hasta ese momento se han estado preparando para el profundo casorio. No han temblado ellos al paso de los leones y los leopardos; los temores nocturnos no han humillado las espadas brillantes de su fe. El amado blanco y rubio y escogido entre millares, está allí. No hay dos como él: él es para ella como ella es para él. Así clama este canto de amor. No caminan separados la mente y el espíritu; van juntos en Dios y hacia Dios, sedientos de la Sabiduría Divina. Cuando el rey poeta nos narra este cuento fabuloso, lo hace con un lenguaje que parece infantil. No confecciona, no rellena con falsos rellenos retóricos, todo es como un agua dulce de estrellas. Sin embargo, cada palabra ha sido meditada como una Biblia. Tal es el modo consciente o intelectual de los verdaderos poetas. A eso vamos: a decir esas cosas sencillas y hondas en versos que estén modelados por la emoción pura del espíritu. Cuando el rey llega al término de su poema, irradia más el topacio que prende a su turbante.

Desfilan estos amantes divinos –la mente y el espíritu– por encima de las humanidades contorsionadas y aullantes, sometidas a la ley del bien y el mal, de la luz y las tinieblas, de la verdad y la mentira, del amor y el odio, de la vida y la muerte. Son ellos como las parejas inmortalizadas: Psiquis y Heros, Abelardo y Eloísa, Dafnis y Cloe,

Laura y Petrarca, Dante y Beatriz. Tal es el único eterno masculino femenino. Dos fuerzas iguales, armoniosas en el secreto enlace que se realiza dentro del círculo de la ciencia celestial. El alma y el espíritu en un vuelo cierto por las montañas de la Divinidad. Desfilan los amantes como los héroes de Beethoven, desgarrados y encendidos por la luz hacia una humanidad nueva. El hombre llama a las puertas del Destino: el hombre lucha con el destino y vence al destino al vencerse él mismo. Fray Luis de Granada define el tiempo como parte de la eternidad. Este rey magnífico define la hermosura como parte de la Sabiduría Divina. Así canta la primavera exuberante de los cabellos de la amada, su cabeza como el monte Galaad, su boca como un poniente bermejo, su cuello como una torre de mármol, sus pestañas como cortinas de oro, sus cejas como golondrina de luciente plumaje, su frente como un amanecer de plata, su mentón como un codo de marfil, sus orejas como dos corolas, sus dientes perlados, idénticos, sensuales como un manojo de pecados jóvenes, y todo esto en la orgía de perfumes que encantan y preservan de la corrupción y la muerte y encienden de júbilo la geometría quimérica de la belleza. Todas las flores, con sus efímeros delirios de un día, caen a los pies de la amada. No se rinde esta hermosura a nadie más que al lenguaje de los dioses. Este lenguaje que arranca del fondo de la oscura lengua hebrea y que es rayo místico en la Cábala, adquiere en los labios del rey pensador un perpetuo lirismo de oro.

¡Ah, noble rey de las piedras preciosas, angélico rey servido por los pájaros portadores de mensajes con luminosos consejos a las reinas en países nunca vistos! ¡Ah, rey sabio del turbante con topacio de llama ardiente y sandalias que hurtan a la alcoba la perla abrasada en el ardor de la noche! ¡Ah, divino rey de los zafiros y las perlas, de los jacintos y diamantes, de los rubíes y las amatistas! ¡Ah, rey de los reyes, poeta de los poetas, que vives más por tu genio que por tu poderío! ¡Ah, inspirado rey que sojuzgaste y desdeñaste a leones y leopardos, imperios y generaciones!¹

¹ Evaristo Ribera Chevremont, "El Cantar de los Cantares IV", *Puerto Rico Ilustrado*, año XVI, número 809, 5 de septiembre de 1925; p. 10.